

CAPÍTULO 1

¿QUÉ SUPONE SER NEOHABLANTE DE UNA LENGUA MINORIZADA?

Estibaliz Amorrortu
(Universidad de Deusto)

Maite Puigdevall
(Universitat Oberta de Catalunya)

Fernando Ramallo
(Universidade de Vigo)

1. Introducción

Al igual que en el resto de Europa, las lenguas minorizadas constituyen una realidad en muchos territorios del Estado español. En conjunto, estamos ante lenguas que han sufrido un intenso proceso de estigmatización y persecución durante la dictadura franquista y que solo desde 1978 han podido iniciar un proceso de recuperación y/o mantenimiento lingüístico, lo cual, todo hay que decirlo, no necesariamente ha eliminado dicha estigmatización. De hecho, en términos globales, todavía asistimos a un intenso epílogo del histórico cambio sociolingüístico —reflejado en una evidente substitución lingüística— que ha trastocado las condiciones materiales en las que habían desarrollado su vida los y las hablantes de estos idiomas durante siglos. Por tanto, a pesar de la obvia responsabilidad de la humillación franquista, no podemos olvidar toda la repercusión que la construcción de los Estados-nación modernos —en tanto formaciones políticas— ha tenido respecto de la minorización de las lenguas no legitimadas como lenguas oficiales, sobre todo en los contextos en los que el liberalismo se aupó como forma de poder hegemónico en dichas formaciones políticas.

Ahora bien, afortunadamente muchas de las lenguas minorizadas continúan usándose, en algunos casos con indicadores que permiten reflexionar con cierto realismo sobre su futuro. Uno de los ejemplos más interesantes para entender el significado de esa recuperación es la emergencia del sujeto neohablante de lengua minorizada, singularizado en las personas cuya lengua inicial es otra, pero que, en algún momento de su vida, generalmente vinculado a otros cambios personales y/o sociales, toman la decisión de mudar su praxis lingüística e incorporar a su repertorio lingüístico esta segunda lengua, sea para expresarse solo —o muy predominantemente en lengua minorizada— sea para utilizarla en ciertos espacios. A pesar de lo extraña que pueda parecer una *muda* o conversión lingüística, inconsistente con el orden normativo, lo cierto es que este sujeto es cada vez más frecuente y hay cierto consenso en que está llamado a ser determinante en el futuro de muchas lenguas minorizadas, una vez que hay indiscutibles evidencias de que la presencia de hablantes tradicionales es cada vez más reducida.

En algunos casos, esta inconsistencia con el *statu quo*, que acompaña la muda lingüística, es consecuencia de la interpelación ideológica a un sujeto que, en un proceso dialéctico, ha interiorizado las condiciones determinantes que han provocado la minorización sociolingüística; dicha conciencia es el foco de una transformación con respecto a su subjetividad anterior. Considerar este perfil de neohablantes como originario no excluye otros recorridos, como pueden ser emigrantes que aprenden una lengua minorizada para mejorar su integración social, laboral o comunitaria en contextos en los que estas lenguas gozan de un reconocido prestigio y, en cierto sentido, su dominio puede contribuir (o al menos así se percibe) a la movilidad social.

El presente libro aborda las diferentes realidades del sujeto neohablante que más se han estudiado en el contexto de las lenguas minorizadas del Estado español. Es decir, el neohablante de euskera, de aragonés, de catalán y de gallego. Por ello, este primer capítulo constituye una aproximación a los diferentes significados que supone convertirse en neohablante en realidades sociolingüísticas diferentes, pero que, más allá de sus singularidades, comparten tanto un proceso de minorización social —con orígenes en la construcción del Estado español moderno y, más recientemente, en la política lingüística durante el franquismo— como la oportunidad de revitalización lingüística que, con ritmos, intensidades, logros y fracasos diversos en cada contexto, se ha hecho realidad desde finales de los años setenta del siglo xx.

2. El sujeto neohablante en las lenguas minorizadas del Estado español

Euskera

El fenómeno de los y las neohablantes de euskera, personas que han aprendido esta lengua fuera del ámbito familiar, no es nuevo. Sin duda, a lo largo de la historia ha habido hablantes de otras lenguas que han aprendido posteriormente la lengua vasca. Sin embargo, este grupo adquiere una importancia capital a partir de la década de los sesenta en el siglo xx, no solo por el carácter cada vez más numeroso del mismo, sino también por la importancia estratégica que supone para el proceso de recuperación del euskera, tras un largo proceso de sustitución lingüística.

Durante la última década del régimen franquista se extiende una preocupación por la imparable pérdida, tanto social como geográfica, del euskera desde siglos atrás. Esta toma de conciencia de la pérdida no solo de la lengua sino del carácter distintivo que esta aporta al pueblo vasco, coincide con un resurgir de sentimientos e ideología nacionalistas, además de un movimiento político y social de contestación al régimen, que coloca la recuperación y el desarrollo de la lengua vasca en el centro de su actividad. Es en este contexto, también de renovación cultural, donde lo urbano, lo moderno, es subrayado, frente a la asociación previa del euskera con el mundo rural y tradicional, en el que se toman las primeras medidas para revertir el proceso de sustitución: por un lado, su introducción como lengua de instrucción en la educación (con la creación, inicialmente en la clandestinidad, de las *ikastolas*, y posteriormente la implantación de los modelos lingüísticos en todo el sistema educativo reglado); por otro, la enseñanza del euskera a adultos, inicialmente en campañas, auspiciadas en su inicio por Euskaltzaindia (Real Academia de la Lengua Vasca), de alfabetización (*alfabetatzea*) para personas que lo hablaban y poco después también con la enseñanza del euskera como segunda lengua (*euskalduntzea*, *gau eskolas* “escuela nocturna”).

Este momento de incipiente auge en la enseñanza del euskera a adultos y *en euskera* a la infancia coincidió con otros hechos clave en el proceso de normalización del idioma. Por un lado, la recuperación de las instituciones vascas que tuvo lugar tras la transición y la llegada del Estado de las Autonomías permitió la aprobación por parte del Parlamento Vasco y del Parlamento Navarro de sendas leyes de apoyo al euskera en 1982 y 1986 respectivamente, y con ellas, se pusieron en marcha políticas orientadas a la normalización de la lengua minoritaria en los ámbitos de la administración pública, la educación, y los medios de comunicación. Por otro lado, la reactivación de Euskaltzaindia, tras el parón sufrido por

la guerra civil y posterior dictadura, que emprendió, entre otras, la codificación de la variedad estándar (*Batua*, literalmente “Unificada”) a partir de la propuesta de Mitxelena de 1968. Frente a discusiones anteriores sobre la idoneidad de una variedad dialectal sobre otra para servir funciones de estándar o, incluso, la necesidad misma de promover una única variedad, se va estableciendo un consenso cada vez mayor en torno a la necesidad de promover una única variedad estándar, a otorgar a la Academia, también socialmente, la autoridad normativa que le había dado la legislación (Estatuto de Gernika, 1979), y a priorizar el uso de esta variedad frente a variedades dialectales en la educación.

Como se mencionaba anteriormente, la importancia del grupo de neohablantes es crucial para el proceso de normalización del euskera y como tal es reconocido por la sociedad vasca. Hay que recordar que, difiriendo de la situación de otras lenguas minorizadas del Estado, a principios de los años ochenta, el euskera era hablado solo por alrededor del 22% de la población de la Comunidad Autónoma del País Vasco (CAPV), porcentaje que ha subido en tres décadas al 37% (del 9% al 13,7% en Navarra) y se prevé que llegue a casi el 50% en la CAPV en 2036 (Baztarrika y Erize 2016). El euskera no solo debía ocupar funciones de las que había estado ausente antes; además, se percibió crucial aumentar el número de hablantes para poder avanzar en su proceso de normalización. Y, de hecho, se hizo: desde los años ochenta, se han ganado unos 318 000 hablantes, lo que ha supuesto un cambio radical en la tipología de vascohablantes. Si bien a finales del siglo xx la mayoría de vascohablantes eran personas nativas no alfabetizadas en euskera; es decir, hablantes de una variedad local, que habían adquirido esta lengua por transmisión familiar y la utilizaban con asiduidad en el contexto familiar, hoy en día, en las generaciones más jóvenes, ya son más los que aprendieron euskera fuera de la familia, predominando en número los neohablantes que viven en contextos sociolingüísticos mayoritariamente castellanohablantes y que utilizan esta lengua poco o muy poco en su vida cotidiana.

Entre las personas que han aprendido euskera fuera del entorno familiar se distinguen dos grandes perfiles: personas que lo aprendieron a finales del siglo xx en *euskaltegis* (escuelas de enseñanza de euskera a adultos) y que hoy en día tienen más de 40 años, y personas que lo han aprendido en los modelos educativos de inmersión desde la escolarización temprana, la mayoría de los cuales hoy tiene menos de 40 años. Estos dos grandes perfiles presentan diferencias notables en cuanto al proceso y experiencias de aprendizaje vividas; asimismo, mientras que los primeros decidieron aprender euskera en un momento de gran ilusión y fuerza social y política, a los segundos la decisión les ha venido dada por sus progenitores.

Pero estos dos grandes perfiles no son homogéneos; hay otras variables que explican las diversas experiencias y prácticas lingüísticas de distintos tipos de nuevos hablantes del euskera: no todos alcanzan el mismo nivel de competencia lingüística, algunos, no la mayoría, pueden entender, incluso hablar, alguna variedad local, además del *batua*; el contexto sociolingüístico en el que vive cada hablante es también muy diverso, desde zonas donde más del 80% de la población es vascohablante a zonas donde menos del 20% lo es. Asimismo, las oportunidades de uso y acceso a una variedad local que tiene cada neohablante son también muy distintas, así como lo son las motivaciones y la actitud y posicionamiento de cada cual ante la lengua. Todo ello hace que nos encontremos ante una gran diversidad de experiencias y perfiles de neohablantes, desde quienes casi “viven en euskera” e incluso son percibidos como hablantes nativos, hasta hablantes que si bien conocen el euskera apenas lo utilizan.

Finalmente, una nota sobre los términos utilizados para referirse al sujeto neohablante en el contexto vasco. La popularización del término *euskaldun berri* a partir de la década de los años setenta en el siglo XX apunta a la importancia que se dio a este colectivo en el movimiento de recuperación de la lengua. El término *euskaldun berri* (literalmente “vasco-hablante nuevo”) se contrapone al término *euskaldun zahar* (literalmente “vasco-hablante viejo”) y se refieren, respectivamente, a persona que ha aprendido el euskera después de la infancia y a persona que lo ha aprendido como primera lengua. En ese momento, los *euskaldun berri* se asociaban con las personas jóvenes y adultas involucradas en el movimiento de euskaldunización; es decir, que aprendían euskera en el euskaltegi. Sin embargo, en algunos contextos, se utiliza este término también para referirse a las personas que han aprendido euskera como segunda lengua en inmersión temprana. De hecho, los estudios estadísticos oficiales del Gobierno Vasco definen el *euskaldun berri* como “vascohablante cuya L1 no es euskera”, lo hayan aprendido en la infancia temprana o como adultos.

Recientemente, ya en el siglo XXI, se percibe una contestación al uso de los dos términos dicotómicos, *euskaldun zahar* y *euskaldun berri*, pero especialmente al último, por parte de sectores del activismo a favor del euskera, y también por parte de muchos sujetos neohablantes, que reclaman mayor legitimación para este colectivo frente a la autoridad otorgada socialmente de manera generalizada al hablante nativo. Así, se favorecen otros términos, como *hiztun berri* (“nuevo hablante”) o *euskaldun* (“vasco-hablante”), que están adquiriendo cada vez más protagonismo.

Aragonés

El aragonés, lengua románica, sin estatus oficial y en situación muy vulnerable, sigue sufriendo un proceso de sustitución muy destacable. Se habla tradicionalmente en el norte de Aragón, en pequeños municipios de las comarcas de Jacetania, Alto Gállego, Sobrarbe y la parte occidental de Ribagorza, además de en algunas ciudades altoaragonesas. La ciudad de Zaragoza concentra aproximadamente la mitad de la población de Aragón, y un gran número de hablantes de aragonés, sobre todo de neohablantes.

Al igual que ha ocurrido con otras lenguas minorizadas del Estado español, a partir de la Constitución de 1978, se han llevado a cabo algunas iniciativas populares de revitalización de la lengua. Pero no ha sido hasta la segunda década del siglo XXI cuando se han tomado medidas institucionales de protección de la lengua, con la creación de departamentos específicos de política lingüística en el gobierno autonómico y en algunos ayuntamientos.

Con todo, la transmisión familiar de esta lengua minorizada no está asegurada; de hecho, el número de hablantes nativos ha bajado desde unos 12 800 en 2001 a unos 8 000 en 2011, siendo solo unos 539 los menores de 23 años que la han aprendido en el seno de la familia en las comarcas altoaragonesas, zona de mayor vitalidad del aragonés. Paralelamente al declive de la población nativa, ha surgido una comunidad neohablante que, aunque de momento su presencia es reducida, aporta otro perfil de hablantes al de los hablantes tradicionales. Se trata de un perfil fundamentalmente urbano (la mayoría vive en Zaragoza), joven, que utiliza la lengua sobre todo en el contexto asociativo.

El estudio de la población neohablante del aragonés es muy reciente, por lo que el capítulo incluido en este libro constituye un punto de partida para situar la problemática e identificar los principales desafíos a los que se enfrenta la recuperación del aragonés a partir del sujeto neohablante.

Catalán

La comunidad lingüística catalana es una comunidad fragmentada política, comunicativa y culturalmente, ya que se habla en cuatro países (España, Francia, Italia y Andorra). En España se habla en Cataluña, País Valenciano, Islas Baleares, Aragón y en Murcia; en Francia, en el Departamento de los Pirineos Orientales (también conocidos como Cataluña Norte o Rosellón); y en Italia en la ciudad de Alghero, en la isla de Cerdeña. Los diversos gobiernos de estos territorios no han podido coordinar siempre sus políticas lingüísticas, educativas

o de medios de comunicación, debido a las diversas posturas en relación con la lengua de los diferentes gobiernos a lo largo de las últimas décadas. De hecho, no existen medios de comunicación comunes y no siempre ha sido posible la recepción de los distintos medios en catalán en todo el territorio de la comunidad de hablantes. Tampoco la circulación de productos culturales y lingüísticos es del todo fluida. Más de 14 millones de habitantes viven en estos territorios, de los cuales aproximadamente 9,7 millones pueden hablar catalán (68,7%); muchos de ellos se estima que son nuevos hablantes, a falta de cifras globales sobre cuántos nuevos hablantes hay en cada uno de los territorios de habla catalana. Así pues, no es descartable que el sujeto nuevo hablante difiera bastante de un territorio a otro, tanto con respecto al peso que supone su presencia en dicha comunidad en contraste con los hablantes que tienen el catalán como lengua inicial, como a las experiencias de adquisición y uso de la lengua en cada uno de los diferentes contextos.

En este libro nos centramos en el sujeto nuevo hablante en Cataluña, la comunidad de habla catalana con más habitantes. Desde la recuperación de las instituciones democráticas a finales de los años setenta y principios de los ochenta del siglo xx, los gobiernos de la Generalitat de Cataluña, siempre han considerado la lengua como uno de los elementos clave de sus políticas, han llevado a cabo una gran variedad de medidas de promoción y protección del catalán, legislando al respecto dos leyes de política o normalización lingüística, la primera en 1983 y la segunda en 1998. Los esfuerzos para la normalización de la lengua se han centrado desde el inicio en tres ámbitos clave: la escuela, la administración pública y los medios de comunicación. En Cataluña, la lengua vehicular de la enseñanza pública desde los 3 a los 18 años es el catalán. Asimismo, el castellano también se imparte en todos los niveles escolares. El método de conjunción lingüística, popularmente conocido como “inmersión lingüística”, se implantó con la voluntad de no separar a los alumnos por razón de origen o lengua inicial y ofrecer a los niños y niñas castellanohablantes una progresión en el aprendizaje del catalán desde su llegada a la escuela.

La educación en catalán ha sido, sin duda alguna, uno de los pilares centrales en el proceso de recuperación de la lengua catalana pero no el único y no ha sido suficiente para revertir la substitución lingüística. El uso del catalán como lengua de la administración, tanto de la Generalitat como de los entes regionales y locales y sobre todo el hecho de que para entrar en la función pública se requiere el conocimiento de las dos lenguas, ha permitido crear un mercado lingüístico para el catalán que ha tenido un gran impacto en su uso en el mundo laboral, principalmente en el ámbito público. Finalmente, la creación de la radio y televisión públicas, así como las ayudas a la prensa y a la publicación de libros y música en catalán han sido también cruciales en la creación de este mercado

lingüístico y en la difusión de los diferentes registros de lengua. La Generalitat también ha intervenido en la promoción del uso del catalán en el sector privado de la economía y ciertamente la presencia de la lengua en el mundo del trabajo y del consumo es muy notable y como consecuencia de ello, el mundo laboral es en realidad un espacio de muda propicio en el caso de Cataluña (Pujolar y Puigdevall 2015).

Uno de los efectos de estas políticas lingüísticas activas en la promoción de la lengua en Cataluña ha sido que, por un lado, se ha garantizado la transmisión intergeneracional de la lengua, no solo en los que la tienen como lengua inicial (25,6%), sino también en un porcentaje importante entre la población que no la hablaba con sus progenitores y sí lo hace con sus hijos, exclusivamente (11,9%) o junto con el castellano (6,6%) (Generalitat de Catalunya 2015). Muchos de ellos son hijos y nietos de migrantes procedentes de otras zonas del Estado español que llegaron a Cataluña entre los años treinta y setenta del siglo pasado. Por otro lado, cabe destacar que muchos hablantes que no tenían el catalán como lengua inicial la han adoptado durante su trayectoria vital, o sea, que han experimentado mudas de diferentes intensidades. Actualmente en Cataluña, más de tres millones de hablantes, de los seis millones que saben hablar catalán, son nuevos hablantes que no la tenían como lengua inicial. Entre 2003 y 2018, fecha de los estudios más recientes de usos lingüísticos de la Generalitat, el catalán ha incorporado unos 850 000 nuevos hablantes que tienen el catalán como lengua de identificación y de uso cotidiano sin haberlo aprendido en la familia. Esta capacidad de atracción hacia el catalán se ha dado en un marco demográfico de fuerte inmigración debido a las características socioeconómicas de Cataluña: primero, entre los años treinta y setenta del siglo xx, sobre todo entre la población de origen murciano, andaluz, extremeño, gallego y aragonés; y luego, a partir de los años 2000, con un pico de recepción de nueva población en 2008, entre la población extranjera proveniente de una gran variedad de países. Según los datos del Padrón Municipal de Habitantes (2018), Marruecos, Rumanía, China, Italia y Pakistán son los cinco países con más presencia de habitantes en Cataluña. Entre 2000 y 2018 la población de origen extranjero ha pasado de 626 000 (2,9%) a casi 1 000 000 (14,5%) de habitantes entre una población de un total de 7,6 millones, llegando a su máximo en el 2010 con casi 1,2 millones de habitantes nacidos fuera del Estado español, que suponían casi un 16% de la población total (IDESCAT 2018).

Como podemos deducir por los datos de movimientos de población, las características del sujeto neohablante en Cataluña han variado a lo largo del tiempo. Durante los primeros años de transición democrática, hasta el cambio de milenio, los nuevos hablantes fueron mayormente niños y jóvenes de familias castellanohablantes que empezaron a aprender y a hablar catalán en la escuela. En esta época

también empiezan a aprender el catalán y a adoptarlo en menor medida los adultos que ya se instalaron en Cataluña durante los setenta y que, debido al hecho de que cuando llegaron el catalán estaba todavía proscrito de la vida pública y de los usos formales, no lo habían aprendido ni adoptado. Finalmente, también durante los años ochenta y noventa del siglo pasado un gran número de jóvenes y adultos profesionales provenientes de muchas regiones de España eligen Cataluña, y especialmente Barcelona, para desarrollar su carrera profesional y acaban también incorporando el catalán como lengua laboral, familiar y de relación social.

Con el inicio del siglo XXI y debido a que llega a Cataluña inmigración de procedencia geográfica, social y económica muy variada, el perfil de neohablante variará y se diversificará enormemente. Su incorporación a la lengua se da de forma diferente, sobre todo a partir de cursos de catalán para adultos que experimenta un auge de demanda; también por su incorporación al mundo laboral, que dependerá mucho de su estatus socioeconómico, de su situación legal, del sector económico donde trabajan, etc. La gran mayoría de esta nueva inmigración adquiere un conocimiento pasivo de la lengua, pero todavía es una minoría la que experimenta la muda al catalán. Esto dependerá de dónde se instalan en la geografía catalana, qué tipo de trabajo realizan, qué redes de amistades y relaciones tienen, por qué tipo de espacios transitan y el contacto que tienen con hablantes habituales de la lengua. Todos ellos deben de superar diversas barreras para incorporar el catalán en sus quehaceres habituales, pero en gran medida la de no recibir respuesta en catalán por parte de la población que la habla, ya que está muy arraigado el hábito de dirigirse a los inmigrantes en castellano o cambiar al castellano hasta cuando ellos hablan catalán. Con su presencia y sus ganas de aprender y hablar catalán, estos nuevos hablantes están cambiando la concepción del sujeto catalanohablante en Cataluña.

Finalmente, con respecto a la terminología relacionada con el sujeto nuevo hablante en Cataluña, y a diferencia de otras comunidades lingüísticas en España, no hay ningún término lingüístico que circule popularmente en la sociedad catalana para mencionar a estos hablantes, es decir, no se usa ni nadie se define como “nuevo hablante de catalán”. Dicho esto, sí se utilizó durante un tiempo hacia 2003 el término *nuevo catalanohablante* con la creación de *Veu Pròpia* (Voz Propia), una asociación de nuevos hablantes de catalán de todos los orígenes que tenía el objetivo de hacerlos más visibles públicamente y otorgarles legitimidad como hablantes de catalán. Aun así, el término no ha cuajado todavía.

Tradicionalmente, se ha utilizado el término *catalán* para referirse a los catalanohablantes y *castellano* para referirse a los castellanohablantes, vengan de donde vengan. En parte, esta terminología todavía sigue en vigencia con un pequeño matiz: muy a menudo se utiliza el término *catalán*, *catalán* para referirse

de forma popular a alguien que es percibido como catalán de origen y habla siempre catalán. En Cataluña se empezó a utilizar en los años setenta el concepto de *nuevo catalán* que hizo fortuna a partir del libro de Francesc Candel, *Los otros catalanes*, refiriéndose a los inmigrantes andaluces, extremeños, gallegos, etc. El término *nuevos catalanes* se sigue usando, pero ahora para referirse a los inmigrantes más recientes que se incorporan a la lengua y a la cultura catalanas, aunque circulan también el término *inmigrante* y su eufemismo *nouvingut* (literalmente, que hace poco que ha venido) que habla catalán.

Gallego

Los movimientos entre lenguas son una de las consecuencias más determinantes de cualquier situación de contacto lingüístico de alcance histórico, como el que tiene lugar en Galicia desde hace cientos de años. Aunque la lengua de origen puede ser cualquiera de las dos, es decir, gallego o castellano, dadas las condiciones históricas en las que se produce y desarrolla el bilingüismo en Galicia, es comprensible que la inmensa mayoría de estos movimientos se hayan producido desde el gallego hacia el castellano y, en mucha menor medida, en la dirección contraria.

Sin entrar en detalle en las causas que ayudan a entender por qué esto ha sido así —son ya suficientemente conocidas—, nos limitaremos a señalar que el castellano, en tanto que la lengua ligada a una monarquía foránea, penetró en Galicia acompañada de cambios sociales, políticos, normativos, económicos, culturales de gran calado, lo que hizo inevitable que, a lo largo de los siglos, una parte de la población autóctona fuese desplazando su lengua propia e incorporándose a la lengua históricamente ajena. Este proceso, que podríamos singularizar como una “substitución lingüística de largo alcance”, ha tenido diferentes efectos a lo largo del tiempo. En un momento dado, se comienza a visibilizar una nueva estratificación social en función de la lengua usada. De tal modo que las personas que se mantuvieron en el gallego —inicialmente, la mayoría— quedaron relegadas a los estratos sociales más bajos; mientras, una parte de la población foránea que hablaba castellano y aquellas personas autóctonas que se convirtieron en castellanohablantes comienzan a conformarse como élites sobre las que se organiza el control, la autoridad y los privilegios. Con todos los matices que se quiera, este periodo puede extenderse, *grosso modo*, desde el siglo xv hasta la última parte del siglo xix, aunque, en rigor, se trata de un proceso todavía en marcha, es decir, con alcance hasta este siglo xxi. En todo caso, lo que ocurre a partir del último tercio del siglo xix y, particularmente, en el siglo xx abre otras perspectivas interpretativas de la situación sociolingüística.

Con el renacimiento formal de la lengua gallega en el siglo XIX, tienen lugar iniciativas de diversa índole e intensidad que comparten la finalidad de dignificar el idioma, entendiéndose por esto la defensa de su uso en espacios públicos de los que había estado ausente durante siglos. Este proceso de dignificación se extiende, con sus variedades y limitaciones, al primer tercio del siglo XX, para ser claramente interrumpido durante la dictadura franquista, que acaba con cualquier intento de promover derechos lingüísticos de la comunidad gallegohablante, persiguiendo sin dilación todo intento de revitalización lingüística de todas las lenguas del Estado diferentes al castellano.

Por tanto, hubo que esperar a la creación del Estado de las Autonomías (1979) para volver a posibilitar las condiciones necesarias que permitieron situar al gallego como lengua oficial en Galicia. Ahora bien, dada esa substitución de largo alcance a la que nos hemos referido, a la altura de inicios de los años ochenta del siglo XX el idioma se encontraba en una delicada situación, que se ha ido reproduciendo en los últimos 40 años. De tal manera que la disminución de hablantes tradicionales de gallego es una evidencia constatada a lo largo de toda la investigación llevada a cabo en este periodo de tiempo. Y, como es bien sabido, la recuperación lingüística es un proceso muy complejo, que requiere no solo de la voluntad de los hablantes sino, particularmente, de un plan de acción estructural convenientemente diseñado, ejecutado y evaluado con el fin de volver a crear el valor de uso que las comunidades lingüísticas minorizadas necesitan si realmente deseamos promoverlas para superar el contexto crítico en el que se encuentran.

Ahora bien, por razones diversas, en estas décadas recientes se han producido las circunstancias que han favorecido la emergencia del neohablante de gallego, un nuevo sujeto sociolingüístico que está llamado a tener un papel fundamental en el futuro del idioma y que, con su manifestación semejante en otros contextos, es el sujeto que justifica el presente volumen.

La persona neofalante de gallego se caracteriza por haber aprendido a hablar en castellano y a partir de algún acontecimiento clave en su vida, como los estudios, las amistades, la pareja, el trabajo, el desplazamiento espacial (o una combinación de ellos), toma la decisión de movilizar su práctica lingüística hacia un uso mayoritario —con frecuencia, exclusivo— del gallego, lengua aprendida fuera del entorno familiar. Y decimos que esta transformación supone una nueva subjetividad en la medida en que sitúa al individuo en una dimensión social frecuentemente identificada con una forma común de resistencia, más o menos consciente, a la substitución lingüística en la que ha transitado su experiencia vital previa. El acontecimiento que crea las condiciones para movilizar la nueva subjetividad puede quebrarse, dando lugar a conversiones “fracasadas”; con

todo, buena parte de la investigación llevada a cabo con el sujeto neofalante identifica una consistencia sólida en su decisión, lo que permite cierto optimismo sobre las posibilidades de transformar sociolingüísticamente una Galicia en un momento crítico.

Las posibilidades de tal transformación son diversas y los capítulos de este libro que abordan esta conversión en Galicia (cap. 7, 8 y 9) son un ejemplo de realidades complementarias, todas ellas igualmente relevantes. En todo caso, lo que sí es urgente es tratar de comprender el significado que este nuevo sujeto está adquiriendo no solo en la posible recuperación demolingüística del idioma minorizado sino también en la visibilidad del gallego en espacios en los que su ausencia ha sido evidente desde los procesos narrados en los párrafos anteriores. De hecho, los espacios urbanos, grandes, medianos y pequeños constituyen el entorno vital “natural” de este nuevo sujeto. Y esto está relacionado con la sustitución lingüística de largo alcance a la que hemos hecho referencia. Allí donde el proceso tocó fondo, es decir, allí donde se consagró tal sustitución es donde surge de forma más consecuente el neofalantismo.

Pero, además, en algunos casos, esta transformación en la praxis sociolingüística sitúa el idioma minorizado como una forma de autoridad que permite afirmar que el destino histórico del gallego está en manos de esta minoría neohablante activa, comprometida y consecuente con la necesidad de cambiar la sociedad. Y como en todo proceso dialéctico sobre el que se sustenta la evolución de formas de autoridad, el sujeto neofalante no es unánimemente reconocido. Es decir, a la vez que es un sujeto problematizador es también un sujeto problemático (Ramallo 2018) que continúa tratando de buscar su sitio en la realidad escalar de los espacios sociolingüísticos.

Dicho esto, no perdamos de vista que de momento se está lejos de poder garantizar que el neofalantismo vaya a revertir de manera convincente tal sustitución. Y esto no solo por el reducido impacto que está teniendo, sino también, y no podemos olvidarlo, porque la variedad lingüística “recuperada” es bien diferente a la variedad substituida. Es decir, el gallego tradicional continúa perdiéndose, sin que el neofalante apenas pueda intervenir en esa realidad. De hecho, lo que moviliza la nueva praxis lingüística de este nuevo sujeto es fundamentalmente una variedad estándar, poco reconocible como endógena por las personas hablantes de variedades tradicionales. Si la situación actual continúa durante las próximas décadas asistiremos, en el mejor de los casos, a un cambio lingüístico acelerado, comparado con la evolución del gallego en las últimas décadas. Si bien es cierto que la movilidad del neofalante suele ser consecuente con la transmisión lingüística familiar, y en este sentido, podemos verlo como una forma de recuperación del idioma, también lo es que la transmisión intergeneracional de

gallego tradicional ha sufrido en las últimas décadas una debacle sin parangón en periodos anteriores. Dicho con otras palabras, tal vez el gallego no desaparezca, pero de ser así, durante un periodo de tiempo, la variedad estándar será la dominante hasta que el neofalantismo desaparezca y las comunidades descendientes de neofalantes vayan construyendo sus “nuevas” variedades locales que contribuyan a recuperar la riqueza lingüística del idioma en toda su variación.

Por lo dicho, el neofalantismo es un periodo de transición. Si entendemos la Galicia neofalante como una caracterización de la Galicia actual, podemos preguntarnos cuál será la Galicia posneofalante. Desde luego, no pretendemos especular sobre la vigencia futura de esta Galicia; ahora bien, si, como acabamos de señalar, consideramos un escenario en el que buena parte de los neofalantes reproducen la lengua aprendida a sus descendientes, estas nuevas generaciones ya no tendría sentido considerarlas neofalantes, aunque sí, quizá, hablantes de la variedad estándar.

3. Presentación de los capítulos

Los capítulos siguientes presentan casos de neohablantes de las cuatro lenguas mencionadas, y en los que se explican distintas experiencias y prácticas lingüísticas, así como ideologías e incluso reconfiguraciones identitarias de nuevos hablantes del euskera, aragonés, catalán y gallego. Aunque distintos en sus planteamientos, contextos sociolingüísticos y grado de conocimiento del fenómeno neohablante, todos ellos comparten tanto la importancia estratégica otorgada a este grupo en el proceso de normalización de lenguas minorizadas, como una visión metodológica, que se aleja de los fríos datos cuantitativos del número de hablantes y porcentaje de uso para centrarse en las experiencias de las personas, estudiadas en profundidad con técnicas etnográficas. Además, en todos se pone el foco en el proceso de conversión o muda, en el proceso de convertirse en hablante activo de la lengua minorizada, más allá de aprenderla o ser capaz de hablarla. Porque solo el uso activo de la lengua minorizada asegura su supervivencia.

El caso vasco se recoge en los capítulos segundo, tercero y cuarto. En el capítulo segundo, Jone Goirigolzarri, Estibaliz Amorrortu y Ane Ortega, tras constatar que el hecho de aprender euskera no garantiza a la juventud neohablante el convertirse en hablante activo, buscan profundizar en las experiencias de jóvenes en el contexto universitario en Bilbao, para comprender mejor los procesos de muda en este espacio, tanto los exitosos como los que no lo son. Para ello, presentan un proyecto de colaboración directa con jóvenes universitarios, donde estos adquieren un rol de investigadores, observando sus propias prácticas,

reflexionando sobre ellas, y proponiéndose retos o cambios en las mismas de cara a provocar una muda o conversión lingüística.

En el tercer capítulo, Hanna Lantto examina también el proceso de muda, pero en otro espacio, en este caso dentro del contexto de las fiestas locales (Semana Grande) de Bilbao, y muestra cómo las actividades de la comparsa Algara ayudan a nuevos hablantes a convertirse en hablantes activos de euskera.

En su capítulo cuarto, Jaime Altuna Ramírez y Jone M. Hernández García reflexionan sobre cómo se abordan metodológicamente los estudios relacionados con las prácticas lingüísticas de la juventud vasca, la mayoría de la cual es neohablante, como ya se ha señalado.

En el capítulo quinto, Chabier Gimeno presenta al colectivo de neohablantes del aragonés, en lo que supone una de las primeras descripciones detalladas de las experiencias y prácticas lingüísticas de este grupo. En concreto, el autor explora cómo han accedido a la lengua, cómo la usan y qué factores favorecen y dificultan este uso.

Maike Puigdevall, Alba Colombo y Joan Pujolar examinan, en el capítulo sexto, los procesos de muda en Cataluña en dos espacios distintos: el programa de parejas lingüísticas o Voluntariado por la lengua del *Consorti per a la de Normalització Lingüística* y los grupos de cultura popular y tradicional de los *Diables*. Primero analizan las características y dinámicas de los diferentes espacios para dilucidar si son efectivamente espacios de relación que facilitan la muda. Seguidamente, se centran en analizar los accesos a estos espacios que implican superar diferentes tipos de barreras y dificultades. Y finalmente, se analizan los procesos de muda lingüística al catalán que se pudieron observar para entender los estadios de la muda, así como los cambios que estos conllevan para el sujeto nuevo hablante.

El caso del neofalantismo en Galicia es abordado en los siguientes tres capítulos. Estefanía Mosquera Castro (capítulo séptimo) detalla los resultados de un experimento de inmersión lingüística, que denomina “travestismo lingüístico”, en el que alumnado castellano hablante que cursa un grado en Educación Primaria adopta el gallego como único idioma vehicular durante una semana y actúa como un auténtico neofalante. Por su parte, Paulo Padín aborda el neohablante *online* en el capítulo octavo. El autor examina si Internet está siendo utilizado por neohablantes de gallego como una especie de laboratorio lingüístico e identitario donde presentarse como hablantes de esta lengua y donde experimentar lingüística e identitariamente como hablantes de gallego. En el capítulo noveno, Rubén Moralejo Silva y Fernando Ramallo tratan de desentrañar las posibles causas y consecuencias de los procesos de conversión lingüística de un grupo de

estudiantes universitarios durante su primer año de grado. Los autores dan cuenta de la influencia de las particularidades del contexto social en los procesos de conversión de los sujetos estudiados, así como de la manera en que las personas “aspirantes” a convertirse en neofalantes se relacionan con su propio proceso de transformación subjetiva.

Cierra el libro un capítulo en el que se visibilizan algunos de los retos que el sujeto neohablante tiene en el futuro más inmediato. En realidad, se trata de los retos de las lenguas minorizadas, en la medida en que no podemos más que imaginar su futuro estrechamente ligado a la capacidad que tengan las comunidades en las que se hablan de crear las condiciones para su fortalecimiento como sujeto clave. Para Maite Puigdevall, Fernando Ramallo y Estibaliz Amorrortu, después de una década de trabajo intensivo, es el momento, también, de pararse a pensar dónde estamos y hacia dónde nos encaminamos en esta apasionante investigación sobre la dimensión social de las lenguas minorizadas del Estado español.

Bibliografía

- BAZTARRIKA, Patxi y Erize, Xabier (2016): *¿Y a partir de ahora qué? La sostenibilidad del desarrollo del euskera o “piedra que rueda no cría musgo”*. Vitoria: Gobierno Vasco, Departamento de Educación, Política Lingüística y Cultura.
- GENERALITAT DE CATALUNYA (2015): *Enquesta d'usos lingüístics de la població 2013*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- IDESCAT (2018): *Evolució de la població total i estrangera*, disponible en www.idescat.cat [último acceso: 04/09/2019].
- PUJOLAR, Joan y GONZÀLEZ, Isaac (2013): “Linguistic *mudes* and the de-ethnicization of language choice in catalonia”. *International Journal of Bilingual Education and Bilingualism* 16 (2): 138-152.
- PUJOLAR, Joan y PUIGDEVALL, Maite (2015): “Linguistic *mudes*: how to become a new speaker in Catalonia”. *International Journal of the Sociology of Language* 231: 167-187.
- RAMALLO, Fernando (2018): “A Galicia neofalante”. *A Trabe de Ouro* 109: 11-22.